

EL PAISAJE EN LA POESÍA DE ANTONIO MACHADO

Óscar Castro-Vega

Periodista e historiador costarricense. Licenciado en Letras y Filosofía de la Universidad de Costa Rica. Preside el Jurado calificador de las Pruebas de Grado en Periodismo de la UACA. Es autor de varios libros: *Fin de la Segunda República: Figueres y la Constituyente de 1949*; *Rodrigo Facio en la Constituyente de 1949*; *Longino, el corazón del Cirujano*; *Pedrarias Dávila, la ira de Dios y Agonía de un pueblo*, El Salvador 1985. Nació en 1922.

Antonio Machado (1875-1939) es, tal vez, el más legítimo poeta español. El más auténtico de todos. El más universal, ya que habló siempre desde el nivel exacto del hombre, como diría el gran León Felipe. Y hablar así – desde el nivel exacto del hombre – es hablar en todos los idiomas. Para todos los hombres, los de ayer, los de mañana, los de siempre.

La poesía humana – demasiado humana – de Antonio Machado, por ese solo hecho, es eterna: no reconoce fronteras espaciales o temporales. Es una poesía de siempre, fresca, verdadera y auténtica. Pasarán los años. Pasarán las escuelas. Pero su obra poética se levantará siempre como una pura floración del espíritu.

Machado vivió y sufrió para su poesía. En él la poesía fue pasión. Sacrificio. Angustia. Sangre de su corazón. La única razón de su existencia. Hombre y artista concretaron una unidad indisoluble. El hombre jamás traicionó al poeta, ni el poeta al hombre. Hablemos, entonces, primero, del hombre.

Retrato

Rubén Darío conoció a Antonio Machado cuando el nombre del poeta empezaba a circular por las letras castellanas. Para entonces, Machado ya había publicado su bellísimo libro *Soledades*. (1902) El inimitable cantor de *Prosas profanas*, en versos famosos, nos ofrece un retrato magistral de Machado:

Misterioso y silencioso iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
Que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un
dejo de timidez y de altivez.
Era luminoso y profundo como era hombre
de buena fe.

Años más tarde, Antonio Machado abre su libro *Campos de Castilla* con un célebre autorretrato, donde el poeta habla de sí mismo con diáfana sencillez:

Ni un seductor Mañara. Ni un
Bradomín he sido ya
conocéis mi torpe aliño
indumentario.

Luego, con absoluta humildad, exclama:

Soy, en el buen sentido de la palabra, un hombre bueno.

Sí, el poeta de las *Soledades* fue, por encima de todo, un hombre bueno, sencillo. Se diría que el corazón del poeta era el mismo corazón de un niño.

Rafael Alberti – que sentía un profundo cariño y admiración por Antonio Machado en distintas ocasiones departe con el poeta. En su bellísima y sugestiva *Imagen primera y sucesiva de Antonio Machado*, glosando los versos del poeta dice:

Sí, mal vestido y triste siempre iba el poeta de las Soledades, con aire siempre de venir de provincia, de la Soria fría castellana donde conoció a su esposa y la perdió... Sí, era dejado y triste este noble poeta. Pero su dejadez, su abandono exterior, le venía del alma desnuda, espíritu olvidado de su cuerpo, a quien lo conformaba con el atuendo más humilde. Su tristeza no era la literaria de cierta poesía, contemporánea suya, a la que nunca cuadró mejor el título de «modernista». Era tristeza de fuerte varón, de hombre sufrido, socavado en lo hondo de las raíces. Tristeza de árbol alto y escueto, con voz
de aire pasada por la sombra.

Extremadamente sencillo era el poeta. Enemigo de los afeites, de las cosas artificiales. Su indumentaria era fiel reflejo de esa su sencillez innata. Cuando el poeta viaja por sus queridos campos de Castilla – y lo hace muy a menudo - va siempre ocupando un asiento de tercera clase y ligero de equipaje.

Yo, para todo viaje siempre
sobre la madera
de mi vagón de tercera
voy ligero de equipaje.

En otra parte, confiesa:

Y cuando llegue el día del último viaje
y esté lista a partir la nave que nunca ha de
tomar, me encontraréis a bordo ligero de
equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

La mayor parte de su vida el poeta vive en provincia, lejos de los ateneos y las academias, Su poesía está íntimamente ligada a sus amadas provincias: Soria, Baeza, Andalucía, Segovia...

Antonio Machado nació en Sevilla en 1875. El mismo poeta, en verso galano, nos dice:

 Mi infancia son recuerdos de
un patio de Sevilla, y un huerto
claro donde madura el limonero.

En Andalucía – la riente, la alegre, la confiada, la estival – pasa su infancia el poeta. De su tierra natal conserva la luminosidad de su paisaje, lleno de sol y matizado de coplas.

Encuentro con Castilla

De Sevilla, siendo muy joven, pasa Antonio Machado a Castilla, fortaleza y nervio de España. En 1907, tras ganar un concurso para desempeñar la cátedra de francés en el Instituto de Segunda Enseñanza en la ciudad de Soria, el poeta, “*ligero de equipaje*”, se establece en Castilla, donde conoce a quien será su esposa, Leonor, fallecida pocos años después, en 1912. Machado nunca asimiló la muerte de su amada.

El encuentro con Castilla va a ejercer a dilatada influencia en el ánimo de nuestro poeta. La parda meseta castellana, por donde cabalga Don Quijote, se le incrusta en las mismas entrañas. Frente a Castilla, Machado se da cuenta cabal del gran problema de su España eterna. Y exclama:

 ¡Oh tierra ingrata y fuerte,
tierra mía!
 ¡Castilla varonil,
adusta tierra!,
 Castilla del desdén
contra la suerte,
 Castilla del dolor y de
la guerra,
tierra inmortal,
¡Castilla de la muerte!

Ahí, frente al paisaje castellano, el poeta vislumbra toda la tragedia de su España eterna. Por las desoladas estepas castellanas ve pasar la sombra oscura de Caín. Producto de esta estrecha vinculación son sus célebres *Campos de Castilla*.

Histórica e ideológicamente, Antonio Machado se entronca con la llamada generación de 1898. Nadie como él supo comprender los ideales que animaron a los

hombres más representativos de la nueva España que surgía después de los desastres de fin de siglo. En verso florido, lo expresa así:

Mas otra España nace,
la España del cincel
y de la maza, con
esa eterna juventud
que se hace
del pasado macizo de la raza.

El poeta de *Soledades* supo interpretar los ideales que inspiran a los hombres de aquella generación perdida que reclaman, como lo destaca Ángel Ganivet, «una restauración de la vida entera de España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de nuestras energías dentro de nuestro territorio».

A los poetas, escritores, artistas e intelectuales de la generación del 98 se les debe el descubrimiento del paisaje español, como lo señala el crítico literario Balbuena Prat:

A la vez que los autores del 98 plantean el problema nacional, se percibe una nueva sensibilidad para apreciar el paisaje castellano. Los escritores de esta generación son grandes viajeros de España; se dan cuenta de sus miserias político-sociales; pero a la vez meditan ante las bellezas ignoradas, descubren remansos de honda emoción, rincones olvidados. Su reivindicación de la aldea castellana, del paisaje castellano es meta típica... El descubrimiento del paisaje castellano es la gran adquisición estética del 98.

En todos los representantes de aquella generación, el encuentro con Castilla, corazón y fibra de España, es fundamental. Machado, que viene de su soleada Andalucía, se encuentra a sí mismo en las estepas castellanas. Al gran Unamuno le sucede algo parecido. Así como Machado encuentra a Castilla en su Soria fría y adusta, Unamuno la va a encontrar en su universitaria Salamanca.

Castilla, en consecuencia, llega a convertirse en centro espiritual de la nueva España. No debe extrañar por ello que Machado elija el nombre de *Campos de Castilla* para su libro fundamental y Azorín, para el suyo, el nombre de Castilla.

Machado entronca con la generación del 98 sobre todo por su sentimiento del paisaje. Y es característico en los hombres de la nueva generación, como se relata antes, la vuelta a España, a Castilla, síntesis de la raza. Lo fundamental es concentrar las energías creadoras en torno a España. Bucear, por decirlo así, en la propia alma de la raza. A todos ellos les duele España, en el sentido unamuneco de la palabra. Y marchan al encuentro de España. Machado la va a encontrar en el pardo paisaje castellano.

El descubrimiento del paisaje castellano es la gran adquisición estética del 98. No significa ello que no se encuentren descripciones de la naturaleza en los grandes

escritores españoles. En *Los nombres de Cristo*, de fray Luis de León, por ejemplo, encontramos algunos rápidos y gratos paisajes. Sin embargo, como en los cuadros de Velásquez, la naturaleza es lo accesorio, lo decorativo. No es el campo por el campo objeto de la pintura. No será sino muchos años más tarde que los pintores impresionistas descubran el paisaje como tema central de su inspiración.

El sentimiento amoroso hacia la naturaleza es más reciente. Y es precisamente en Antonio Machado donde se manifiesta más claramente ese sentimiento hacia la naturaleza, hacia el paisaje de su amada España, que se refleja en sus prolongadas y solitarias andanzas por sus amados «campos de Castilla», en los que describe los yermos, los caminos, las cárdenas roquedas, las polvorientas encinas, los álamos del río, los olivos, los manzanos, los limoneros lánguidos y el olmo aquel del Duero «hendido por el rayo y en su mitad podrido».

Solo un solitario como el poeta ha sido capaz de sorprender toda la belleza y toda la emoción contenidas en el paisaje castellano. Solo un solitario ha llegado hasta el viejo olmo de las riberas del Duero para hablarle como a un amigo, como a un hermano, como al espejo de su propia vida, así:

Antes que te derribe,
olmo del Duero, con su hacha
el leñador y el carpintero te
convierta en melena de
campana, lanza de carro o
yugo de carreta; antes que
rojo en el hogar, mañana,
ardas de alguna mísera
caseta,
al borde del camino;
antes que te descuaje el torbellino
y tronche el soplo de las
sierras blancas: antes que el
río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas olmo
quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama
verdecida. Mi corazón
espera también, hacia la luz
y hacia la vida, otro milagro
de la primavera.

El poeta canta antes que su emoción, la emoción del paisaje. Se complace en descubrir sus secretos, escuchar sus íntimos rumores, hablar a solas con él. Lo interpreta en su realidad profunda. Lo convierte en el objeto más puro de su canto. Dialoga con él, lo lleva en su propio corazón:

¡Oh, sí conmigo vais,

campos de Soria, tardes
tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño
del suelo gris y de la parda
tierra, agria melancolía
de la ciudad decrépita, ¿me
habéis llegado al alma
o acaso estabais en el fondo de
ella?

Y en otro poema, cuando el poeta deja la tierra soriana, emocionadamente exclama:

Adiós, tierra de Soria; adiós alto llano
cercado de colinas y crestas militares,
alcores y roquedas del yermo Castellano,
fantasmas de robledos y sombras de
encinares; en la desesperanza y en la
melancolía de tu recuerdo, Soria, mi corazón
se abreve. Tierra de alma, toda, hacia la
tierra mía, por los floridos valles, mi corazón
te lleva.

El poeta se ha identificado plenamente con la tierra. Se siente parte de ella. Un hondo sentimiento telúrico lo envuelve todo cuando dice:

Nosotros exprimimos
la penumbra de un sueño en nuestro vaso....
Y algo, que es tierra en
nuestra carne, siente la
humedad del jardín como un
halago.

Guillermo Días Plaja describe así ese sentimiento telúrico de Antonio Machado: “Se dirá el poeta enraizado y atraído por una misteriosa fuerza telúrica. La tierra, principio y fin, germen y sepultura, sentido de la tierra cuando descubre la profunda fusión entre la tierra y la vida”.

La adjetivación más escogida, más selecta, le sirve al poeta para describir el paisaje de Castilla:

¡Colinas plateadas,
Grisés alcores, cárdenas
roquedas por donde traza el
Duero su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas sierras,
caminos blancos y álamos del río,
tardes de Soria, mística guerrera, hoy
siento por vosotros, en el fondo del

corazón, tristeza, tristeza que es amor!

Nadie como Antonio Machado ha sabido interpretar y sentir el paisaje castellano, el paisaje de su amada Soria. El poeta se deslumbra ante la contemplación del árido y adusto paisaje, cuando, solitario y triste, camina a orillas del Duero:

¡Oh tierra triste y noble,
la de los altos llanos y
yermos y roquedas, de
campos sin arados, regatas
ni arboledas; decrepitas
ciudades, caminos sin
mesones, y atónitos
palurdos sin danzas ni
canciones
que aun van, abandonando el
mortecino hogar, como tus
largos ríos,
¡Castilla, hacia la mar!

De esos largos ríos que cruzan la meseta castellana, Machado ama, sobre todo, el Duero, que vio al poeta recorrer sus riberas pobladas de álamos y de polvorientas encinas. Hasta esos apartados lugares llega el poeta, acompañado de su inseparable soledad, para aprehender toda el alma de España. Ante el río Duero, que circunda la ciudad de Soria, el poeta exclama:

¡Oh Duero, tu agua corre
y correrá mientras
las nieves blancas de
enero y el sol de
mayo
haga fluir por hoces y
barrancas, mientras
tengan las sierras su
turbante de nieve y de
tormenta. !
El Duero cruza el
corazón de roble de
Iberia y de Castilla.

Al poeta le agrada contemplar la llegada de la primavera, mientras camina a orillas del Duero, como solía hacerlo con Leonor, su fallecida esposa.

¡primavera soriana, primavera
humilde, como el sueño de un
bendito!
¡Campillo amarillento,
como tosco sayal de campesina,
pradera de velludo polvoriento

donde pace la escuálida merina!

El poeta ama los álamos de las riberas del Duero, en cuyos troncos los enamorados gravan sus nombres entrelazados:

Álamos del amor que ayer tuvisteis de
ruiseñores vuestras ramas llenas; álamos que
seréis mañana lirás

del viento perfumado en primavera; álamos
del amor cerca del agua que corre y pasa y
sueña,

álamos de la margen del Duero conmigo
vais, mi corazón os lleva!

Cuando el poeta no camina por las riberas del Duero, su corazón vaga, entre sueños,
por esos campos florecidos poblados de álamos y ruiseñores:

Allá, en las tierras altas, por
donde traza el Duero su curva de
ballesta

entorno a Soria,
entre plumizos cerros,
y manchas de raídos
encinares
mi corazón está vagando,
en sueños...

Y en otro bellissimo poema escribe:

Soñé que tú me llevabas por
una blanca vereda
en medio del campo verde
hacia el azul de las sierras. Hacia
los montes azules
una mañana serena.

Al igual que los álamos de las riberas del Duero, las centenarias y polvorientas encinas castellanas atraen la atención del poeta. Viejas encinas que contemplaron admiradas las gestas gloriosas de don Quijote de la Mancha. Fue a la sombra de un encinar que el caballero de la triste figura pronunció su famosísimo discurso a los cabreros.

Como lo hizo con el olmo seco de orillas del Duero, el poeta anota sobre estas vetustas encinas:

¡Encinares castellanos en
laderas y altozanos!
¡serrijones y colinas llenos de
oscura maleza, encinas,

pardas encinas, humildad y
fortaleza!

El campo se hizo
árbol en ti, parda encina.

Sí. Humildad y fortaleza. El poeta, en muy breves palabras, describe esos viejos encinares que un día presenciaron la gloria de Castilla, la guerrera, la conquistadora.

La presencia de los encinares en los campos de Castilla le recuerda al poeta los centenarios olivares de Andalucía, donde pasa su infancia.

¡Viejos olivos sedientos,
bajo el claro sol del día!
Olivares polvorientos del
campo de Andalucía.

El campo andaluz, peinado
por el sol canicular,
de loma en loma rayado de
olivar y de olivar.

En *Nuevas canciones* reaparece la sombra del olivo, «parejo de la encina castellana». Reclinado y a la sombra de un olivo solitario del camino, el poeta reflexiona:

Hoy, a tu sombra quiero
ver estos campos de mi
Andalucía, como a la
vera ayer del alto Duero
la hermosa tierra de
encinar veía.

En Soria, lejos de su Andalucía natal, el poeta sueña y recuerda, con los ojos hacia dentro, los limonares y naranjales de su infancia:

¡Gloria de los huertos,
árbol limonero, que
enciendes los frutos de
pálido oro...
y fresco naranjo del patio
querido, del campo risueño y
el huerto soñado
siempre en mi recuerdo maduro
o florido de frondas y aromas y
frutos cargado!

Del paisaje castellano, el poeta recorre, siempre solitario, los caminos polvorientos que bajan de las sierras “Yo voy soñando caminos de la tarde”, dirá. Son los caminos de su Castilla transitados por rudos campesinos y rebaños de merinos. Desde los

primeros poemas de las *Soledades* ya aparecen esos caminos rurales como parte fundamental del paisaje castellano.

Los caminitos blancos se cruzan
y se alejan
buscando los dispersos
caseríos del valle y de la
sierra

En otro poema, retoma el tema:

La tarde más se oscurece; y
el camino que serpea
y débilmente blanquea, se
enturbia y desaparece.

Para un poeta arraigado a la tierra como Machado, que siente en su alma “la humedad del jardín como un halago”, el campesino arando el campo con sus bueyes es elemento esencial del paisaje.

De las duras faenas del campo, el poeta prefiere la del arado de la tierra, en cuyo surco deposita el campesino la simiente que mañana germinará en espigas maduras. Es tal su amor a la tierra, a la labranza, que de la guerra lo que más le preocupa es que el campo se quede sin que nadie lo siembre.

A lo lejos, una nube de polvo denota la presencia del campesino sembrador y de sus bueyes mansos El poeta así lo anota en su carpeta:

¡Las figuras del campo
sobre el cielo! Dos lentos
bueyes aran
en un alcor, cuando el otoño empieza ...
y tras la yunta marcha
un hombre que se inclina
hacia la tierra y una
mujer que en las abiertas
zanjas
arroja la semilla.

En otro canto, el poeta vuelve sobre el tema:

El sembrador va echando
la semilla en los
surcos de la tierra.
Dos lentas yuntas
aran.
Mientras pasan las
nubes cenicientas
ensombreciendo el

campo, las pardas
sementeras los grises
olivares.

Presencia del agua

Desde los cantos de *Soledades* surge la presencia clara y triunfal del agua, elemento vital y conciencia del paisaje, como la denomina Unamuno en sus *Andanzas y visiones españolas*.

Nada más puro que el agua cantarina y mansa de la fuente, por la que Antonio Machado siente profunda veneración. El agua es a su poesía como el cisne a la de Rubén Darío. Ambos elementos –agua sencilla y cisne arrogante— bien podrían señalarse como elementos representativos de la poesía de ambos bardos. La de Machado brota de su corazón con la naturalidad del agua del surtidor: desnuda y limpia.

¡Cuántas veces el poeta, acompañado de su querida soledad, detiene el paso junto a los patios y parques de su Andalucía natal, mientras el agua de las fuentes bulle sin cesar:

En el solitario
parque, la sonora
copla borbollante
del agua cantora me
guío a la fuente. La
fuente vertía
sobre el blanco mármol
su monotonía.

En otro poema de sus *Soledades* advierte:

La fuente de piedra
vertía su eterno
cristal de leyenda.

El poeta, al mirar extasiado el agua que corre sobre alcaceles y habares le implora que deje vida en su eterna huida:

¡Oh, agua buena,
deja vida en tu huida!

¡Oh, tú, que vas gota a gota,
fuente a fuente y río a río, como
este tiempo de estío corriendo a
la mar remota, con cuanto
quiere nacer, cuanto espera
florecer al sol de la primavera,

sé piadosa, que mañana serás
espiga temprana, prado verde,
carne, rosa ...

Machado ve llover desde su refugio. El agua de la lluvia corre sobre el campo, fertilizándolo. El agua ansiosamente esperada por el labriego. Y el poeta en su corazón la bendice:

Te bendecirán
conmigo los
sembradores del trigo.

Imaginamos al poeta paseando por los alrededores de su Soria querida al declinar la tarde. Tardes propicias para la meditación. Tardes silenciosas. Al pasar cerca de un arroyo cuyas rizadas aguas discurren debajo del puente, el poeta identifica su alma con la del agua sencilla y pura:

Bajo los ojos del puente
pasaba el agua sombría. (Yo
pensaba: el alma mía)

Machado no solo canta al agua que discurre por el arroyo o la que brota rumorosa de la fuente, en los parques y jardines, sino que también lo atrae el agua laboriosa de la noria, que eleva a la categoría de objeto poético. Y lo hace en versos maravillosos:

El agua cantaba su copla
plebeya en los cangilones
de la noria lenta.

Machado sueña que de su corazón fluye el agua clara de una fuente:

Anoche cuando dormía soñé, bendita
ilusión, que una fontana fluía
dentro de mi corazón.

Exilio y muerte del Poeta

La mayor tragedia que vive el poeta que tanto amó sus campos de Castilla es morir en tierra extraña, en Francia, en la que se exilia para salvar la vida, tras el derrocamiento de la Segunda República Española, en abril de 1936.

Machado, enfermo y abatido, debe marchar estoicamente al destierro, ya que no puede vivir en una España “vendida toda, de río a río, de monte a monte, de mar a mar», que les ha declarado la guerra a los poetas bajo el grito de “muera la inteligencia”.

El poeta resiste poco tiempo la amargura del destierro, lejos de la patria querida, lejos de su amado Duero, lejos del Guadarrama, “viejo amigo”, como el poeta lo denomina.

Desde el exilio, proscrito por el régimen imperante, sin noticias de su patria amada, el poeta no puede ocultar la melancolía que lo embarga al recordar a su “Soria dura y fría, tan linda bajo la luna”. Machado se vale entonces de una licencia poética y pregunta por la vía epistolar a Palacio, supuesto amigo, sobre lo que ocurre en la patria lejana:

Palacio, buen amigo ¿está la
primavera vistiendo ya las
ramas de los chopos del río y
los caminos?

¿Tienen los viejos olmos algunas
hojas nuevas?

¿Hay zarzas florecidas entre las
grises peñas, y blancas margaritas entre
la fina hierba?

¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan
violetas? Palacio, buen amigo,
¿tienen ya ruiseñores las riberas?

Pasarán los años para que los restos mortales de Antonio Machado retornen a su amada España. Para entonces, restablecidas la libertad y la tolerancia, tras la desaparición del régimen franquista, el poeta finalmente descansa en paz, “bajo una encina casta”, en tierra castellana, como él deseaba para los despojos de su maestro, guía e inspiración, don Francisco Giner de los Ríos, fallecido en 1915.

...Oh, sí, llevad, amigos, su cuerpo a la montaña, a los
azules montes
del ancho Guadarrama. Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta. Su corazón
repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan mariposas doradas

...

Allí el maestro un día
soñaba el nuevo florecer de España.